

sen sus empleos á otros; y el entusiasmo en unos, el deseo en otros de adquirir favor manifestando desinterés, hizo votar un bill llamado de renuncia de sí mismo (*self-denying*), por el cual los miembros de ambas cámaras se declararon escludidos de todas las funciones civiles y militares y de la dirección del ejército, esto es, del poder ejecutivo.

Este gran golpe, que en un momento arrebató todo poder al parlamento trasportándolo de los calvinistas predominantes en él á los independientes que dominaban en el ejército, era dirigido contra el conde de Essex, general de los ejércitos. En efecto, habiéndose dispuesto la organización del ejército, se eligió para su mando al caballero Tomás Fairfax, hombre de gran valor, pero de una honradez poco escrupulosa, que á pesar del voto de abnegación quiso conservar por teniente á Cromwell, su cuñado, de quien era hechura é instrumento, y que entonces se hizo dueño de la fuerza armada. La caballería era todavía el alma de la guerra, y muchos hombres nuevos sucumbieron ante los caballeros nobles, aguerridos desde la infancia. Cromwell vió que á éstos no podía oponer antiguos esclavos ni gente viciosa, sino hombres persuadidos de la causa porque combatían, y por lo tanto invencibles. Fuerza es confesar que el espíritu político era bien débil, cuando el ejército del parlamento no podía reclutarse sino de aquel modo. Cromwell, por tanto, se dirigió al sentimiento religioso, y engancharlo aldeanos inspirados, les dió oficiales independientes, en su mayor parte artesanos, demagogos y fanáticos, y prestándole aliento con su entusiasmo los hizo invencibles. La resolución da el triunfo á las revoluciones, y Cromwell dijo á sus soldados: «No os hagais la ilusión de creer que vais á combatir por el parlamento ó por el rey; si el rey me saliese al encuentro, yo dispararía contra él. Aquel á quien la conciencia no le permita hacer otro tanto, que se retire.»

Laud, que hacia tres años permanecía prisionero, fué puesto en juicio á petición de Pym, pero se defendió tan bien, que los pares no encontraron motivos para condenarle. Los comunes quisieron constituirse de nuevo en cámara de *attainder*, y como los lores se oponían á ello dispusieron un ayuno general, medio de alentar los ánimos. Intimidados los pares, adoptaron el bill de proscripción, y Laud fué ejecutado á la edad de setenta y dos años (1645), lo que fué una crueldad inútil.

Desesperando entonces el rey de una conciliación, volvió á emprender las hostilidades; pero sus partidarios, que arriesgaban por él sus bienes y vida, pretendían darle consejos y dirigir sus acciones: de aquí disensiones interiores, no menos violentas que las exteriores, pretensiones de empleos é intrigas. Los irlandeses ofrecían á Carlos subsidios, pero con condiciones que no se atrevía á aceptar. Su ejército se encontraba de tal manera indisciplinado, que en muchos condados se formaban *clubs*, de los cuales algunos armaban hasta diez mil hombres para preservar las propiedades.

No había, por el contrario, entre los parlamentarios, desertores ni desobediencia; los oficiales parecían sacerdotes, tanto se ocupaban de los ritos piadosos en los intervalos del servicio. Muchos soldados tenían éxtasis, ayunaban y salmodiaban. Chocaba el contraste con el cuerpo de oficiales de que estaba rodeado Carlos, y que se manifestaba espléndido, orgulloso y libertino.

Batalla de Naseby, 14 de junio. — Dividian su tiempo entre la guerra y la religión; sus palabras de mando eran bíblicas, y las marchas guerreras, himnos religiosos; mandaban el fuego en nombre de Dios, y se lanzaban á la pelea cantando salmos. Derrotaron en Naseby, en el Leicester, al príncipe Roberto y al rey, á quien no sólo quitaron su artillería, sino sus más secretos papeles. Encontraron en ellos la prueba de su mala fe y de las secretas inteligencias que sostenían (11); así fué que los hicieron imprimir, lo que exasperó aún más los odios. En este estado, el parlamento, á pesar de la igualdad proclamada, votó á Cromwell y Fairfax el título de baron, con cinco mil libras esterlinas de renta al primero, dos mil quinientas al segundo (1645), y varios títulos á otros; después proclamó la tolerancia, lo que anunciaba persecuciones contra los de diferente secta.

Cuando Fairfax se apoderó de Bristol, se perdió la causa real. Carlos se refugió en Oxford; temiendo ser cogido allí, en atención á que el parlamento había dispuesto su arresto, y que la nación desconfiaba de su lealtad, se echó en brazos de los escoceses. Esta es una de esas resoluciones generosas ó temerarias, según decide el éxito. Fué detenido por ellos como prisionero, hasta el momento en que el parlamento, mediante el pago de liquidación de una deuda de cuatrocientas mil libras esterlinas, obtuvo que se lo entregasen. Conducido al castillo de Holmby, fué preso con centinelas de vista, sin que nadie pudiese acercarse á él, ni aun los aldeanos, que iban á ser tocados por él para ser curados de los tumores frios.

El triunfo del parlamento parecía completo; pero era preciso que las facciones, formadas de varios elementos, llegasen á descomponerse cuando habían conseguido el objeto que habían anunciado. Lejos de odiar el pueblo al rey, le veneraba, aun siendo prisionero. Los presbiterianos que dominaban en el parlamento se encontraban dueños del rey, que estaban ciertos de hacer adoptar fácilmente sus pretensiones, y pidieron que se redujese el ejército, y que una parte se dirigiese contra los irlandeses, con intención de gozar tranquilamente en Inglaterra de los frutos de la victoria.

(11) Cromwell publicó una carta de Carlos á la reina que había sido interceptada, que terminaba de esta manera: *Tranquilízate sobre las concesiones que haga; en tiempo y lugar oportuno sabré cómo conducirte con estos pícaros, y en vez de una liga de seda, les reservo una cuerda de cáñamo.*

Habíase concluido, pues, la revolución, ó si se prefiere, el debate entre ambas iglesias. El pueblo había pedido condiciones al rey, y engañado, recurrió á la extrema razón; ya vencedor, vió satisfechos sus deseos; pero en el conflicto fueron olvidados los intereses de la libertad, el ejército trató de aprovecharse de la victoria; y no habituado á las costumbres civiles, quiso continuar en el mando y en la lucha. Pero entonces aparecieron los independientes, que no tenían en su favor la fuerza del número, sino la de la habilidad y el entusiasmo y opuestos á los presbiterianos; ahora bien, Cromwell hizo cambiar de aspecto á la cuestión reduciéndola á una diferencia entre la cámara y el ejército. Amotináronse, pues, las tropas parlamentarias; exigieron su sueldo y garantías antes de disolverse. Establecióse un *consejo de los agitadores*, especie de parlamento militar á imitación del de Westminster, representando los oficiales superiores la cámara Alta, y dos sargentos y dos soldados por compañía la de los Comunes.

La revolución comenzaba, pues, entonces verdaderamente; pues no se trataba ya de la lucha de dos iglesias protestantes sin objeto político, sino de la del ejército y el parlamento, abandonando toda apariencia de legalidad. Pronto impusieron los soldados la ley al parlamento de Westminster: habiendo enviado á Holmby á cierto número de los suyos, intimaron al rey fuese con ellos, y le condujeron á Newmarket, donde le concedieron mayor libertad, dándole palabras y esperanzas, por temor de que no se uniese á los presbiterianos, que hubieran preferido su restablecimiento al despotismo militar. De una muchedumbre armada y tumultuosa no podía esperarse la calma y la paciencia que de un consejo de ministros; y muy pronto aquella arrastró también á Cromwell, que, sin embargo, quería seguir negociando la paz y que sabía que se le acusaba de traidor. El ejército, diseminado é inactivo, era escitado por predicadores fanáticos, llenos de aquellos pensadores insensatos y desacordes que producen la anarquía; de todas partes exageradas ideas revolucionarias amenazaban destruir aquella república por la cual se habían levantado, y se pedía no sólo la absolución de la monarquía y de la nobleza, sino la igualdad de bienes y del poder, y la sociedad cristiana de los elegidos en la tierra (*niveladores*). Cromwell, como todo jefe de partido, refrenaba estos escesos, y amedrentó á los alborotadores, mientras que se conquistaba el aprecio de la muchedumbre con su odio á la monarquía. No era ya, pues, tiempo de moderación; los generales, volviendo á su puesto, se vieron obligados á aceptar una libertad más lata y á sublevarse en favor de la república.

Cromwell marchó con los independientes sobre Londres, bajo pretexto de turbulencias y privilegios violados; fingió escuchar las proposiciones del rey, y le facilitó los medios de huir á la isla de Wight, donde el gobernador, su hechura, le detuvo prisionero. «Ahora que tengo al rey á mis manos,

dijo Cromwell, tengo al parlamento en el bolsillo;» y trató de tranquilizar á los niveladores; pues aquel grito de igualdad, de comunidad de bienes y poder no le convenía. Hasta empleó los suplicios contra los que sacaban consecuencias de sus principios, y como no podía marchar con el rey á la libertad de conciencia, resolvió conseguirlo con solo el ejército, es decir, con la república. Poniendo, pues, por obra la energía que da la unión en medio de adversarios divididos, hizo votar por fuerza al parlamento un bill (1648) que prohibía toda comunicación con el rey, lo que equivalía á deponerle.

El pueblo, que había esperado algún alivio en la paz, comenzó entonces á murmurar: la compasión que inspiraba el rey le ganó amigos (12), y la escuadra se declaró en su favor, como también los escoceses arrepentidos. Pero Cromwell derrotó á los realistas, y entrando en Escocia, alejó del gobierno á todos los moderados. Su victoria no dejó subsistir más que un solo poder, el de la espada, que había triunfado. Se predicó una nueva doctrina, la de la soberanía del pueblo, que confía la autoridad á quien quiere y la retira cuando le acomoda. En su consecuencia, se declaró á Carlos incapaz de reinar, y los Comunes decidieron que debía enjuiciarse como culpable de las desgracias públicas.

Antes de confirmar esta decisión, la posteridad debe apreciar las circunstancias. Cada partido pretendía entonces, como siempre, ser el solo poseedor de la verdad. Pronunciarse en favor del uno era enajenarse la voluntad del otro; proclamar la libertad religiosa, era ofender á todos. ¿Qué no intentó Carlos desde el momento que se sentó en un trono vacilante? Trató primero de ocupar fuera el ardor nacional, pero sus empresas fracasaron: recurrió entonces á la economía y á la paz; pero el silencio á que condenó al parlamento valió á aquella asamblea la popularidad: en fin, la rebelión de los escoceses y el ardor de los presbiterianos hicieron imposible la tranquilidad, y fué preciso rechazar con las armas la pretensión de una reforma universal. Asustado Carlos incurrió en nuevas debilidades abandonando al suplicio á siete de sus amigos: después de lo cual declaró el parlamento que el rey había hecho bastantes concesiones para pensar en la paz. Pero Cromwell, que no sabía que-

(12) El abogado Prynne propuso á la cámara de los comunes tratar con el rey, y se espresó de esta manera: «Sé que esto bastará para acusarme de apóstata y llamar-me favorito real. Los favores que he recibido de S. M. y de los suyos vedlos: dos veces me han cortado las orejas, tres veces he estado en la picota, se han hecho quemar mis obras por el verdugo; me han hecho pagar diez mil libras esterlinas de multa; he estado preso ocho años, sin más libros que la Biblia, sin poder escribir ni ver á mis amigos, y sin darme más alimento que el estrictamente necesario para no morir. Que aquellos de vosotros que me endividien estos favores me traten de favorito.»

darse á medio camino hizo poner preso al rey, y marchó sobre Lóndres con un ejército. Cincuenta y dos presbiterianos del parlamento fueron presos, otros escluidos, y los independientes que permanecieron solos decretaron que se formaría causa al rey. Los lores rechazaron este bill; pero los comunes declararon que representaban al pueblo inglés y que desde luego se encontraban investidos con la autoridad suprema; que cada una de sus deliberaciones tenía fuerza de ley, sin que hubiese necesidad de consentimiento del rey ó de los pares. Fairfax se pronunció abiertamente contra aquel atentado; «Cromwell dijo no tener opinion determinada, pero que se sometía á la providencia de Dios, que parecia confiar esta elevada é importante mision á los miembros del parlamento.»

En el país del jurado el rey se vió privado de esta garantía. Tuvo que presentarse ante una comision especial de la que formaban parte Cromwell, Ireton, su yerno, con otros *Samueles* y *Geardones* encargados de juzgar al gran *Barrabás*. Cromwell, que proclamaba la soberanía de la inspiracion y de la palabra, decia que si alguno hubiese propuesto con premeditado designio acusar al rey, le tendria por un traidor; pero que la Providencia los habia conducido á ello; rogaba á Dios bendecir sus consejos. «Ultimamente, decia, como me dispusiese á pedir que se pusiese en libertad al rey, sentí pegárseme la lengua al paladar; lo que me dió á conocer que la voluntad de Dios lo rechazaba.»

Muy afligido ya Carlos de no verse tratado como rey, no podia creer que se llegase á juzgarle. Pensaba que sólo querian asustarle; que en todo caso la Escocia se sublevaría, y que los reyes extranjeros se opondrían. Pero el de Dinamarca, su primo, guardó silencio; la España sostenia relaciones amigables con el parlamento; la Francia dió algunos pasos, pero sin insistir; los escoceses protestaron, y los Estados Generales enviaron una embajada que no tuvo resultado. Conducido Carlos ante los comisarios, exclamó: «No veo aquí á los lores y yo mismo formo parte del parlamento;» y constantemente se negó á contestar. Cromwell firmó la sentencia de muerte (1649), y con la pluma de que se acababa de servir, pintarrojeó la cara á Enrique Martyn que usó con él de igual chanza. Diciendo bufonadas y llegando hasta á coger la mano á algunos de ellos, fué como consiguió hacer firmar la sentencia á cincuenta y nueve de sus colegas (13).

(13) Horacio Walpole poseia, entre otras curiosidades, la minuta de la sentencia de Carlos I, y habia escrito en el reverso *Gran carta*.

Habiendo oido el rey al salir las voces de los soldados que se habian pagado: «Desgraciados, dijo, son inclinados á esto por sus oficiales, con quienes harian otro tanto por un poco de dinero.» Habéndolo escupido uno al rostro, no pronunció más que estas palabras: «Otro tanto sufrió el Salvador del mundo.»

Su sentencia produjo grande impresion. Tratóse de remediarla con ayuda de la legalidad de los presbiterianos, y con el sacrificio de algunos lores, sus consejeros, que se declararon culpables de actos que se le habian imputado. Pero los inspirados no entendian razones; los realistas eran mal dirigidos y además estaban persuadidos que no pasaría de una simple demostracion. Decia la sentencia que «Carlos habia sido hecho rey de Inglaterra, y recibido en depósito una autoridad limitada; que después habia hecho la guerra al pueblo y á sus representantes, con objeto de aumentar las prerogativas reales: en su consecuencia, era condenado como tirano, traidor, asesino y enemigo del pueblo.» Ahora bien, nada habia en esto de cierto: no habia sido hecho rey, sino que habia nacido tal; la monarquía no se le habia concedido en depósito, la habia adquirido por la casualidad del nacimiento; su poder no era limitado sino por la fuerza; y cuando fué mayor la del pueblo, el pueblo quiso que muriese, en expiacion de aquella suprema autoridad de que sólo se habia hecho responsable. Es cierto que habia violado las leyes del reino con mentiras y actos opresivos; que habia usurpado las funciones de la legislatura, impuesto arbitrariamente contribuciones, puesto trabas á la libertad de las discusiones, desconocido el derecho de peticion, hecho arrestos ilegales, y dado demasiadas pruebas para que no se fiasen de sus palabras; y los mismos que tomaban su defensa sentaban este absurdo principio: «Era un mal rey; pero un hombre honrado.» Sea lo que se quiera, su suplicio fué perjudicial á la causa de la libertad, tanto más, que si mereció la muerte por las intrigas con que quiso sostener el absolutismo que sus predecesores le habian desgraciadamente transmitido, la sufrió valerosamente. La compasion que inspiró fué general, sobre todo después de la aparicion de un libro que escribió, dicen, en su prision (14). Cromwell quiso ver el cadáver del monarca después de estar en el ataúd; «Cuerpo bien constituido, exclamó, y que aun prometia vivir mucho tiempo.»

(14) Ἐκὼν βασιλική, esto es, imágen del rey. Después fué repetida como obra propia del obispo Gauden. Wordsworth sostuvo, sin embargo, que habia sido escrita por Carlos; pero no convenció á todos.

CAPÍTULO XVII

REPÚBLICA INGLESA.

No se trató entonces de aliviar las cargas públicas, sino de destruir al gobierno, la cámara de los pares fué abolida, y la burla de los vencedores inscribió en las puertas del palacio de Whitehall: *Esta habitacion se alquila* (1). Predicando Hugo Peters capellan de Fairfax á los restos de ambas cámaras, decia á los generales: «Como Moises, sois elegidos para sacar al pueblo de la servidumbre de Egipto. ¿Como se verificará este designio? Es lo que aun no se me ha revelado.» Apoyando entonces la cabeza entre las manos, se inclinaba hácia el almohadon colocado delante de él; mas levantándose pronto: «Os voy á decir la revelacion. Este ejército estirpará la monarquía, no sólo en este país, sino en Francia y los demás reinos que nos rodean. De esta manera os libertareis de Egipto.»

Y habiéndose declarado que «el oficio del rey era inútil, oneroso y peligroso por la libertad, la seguridad y el bien del pueblo, y que en consecuencia habia concluido,» proclamóse la república, y se adoptó un sello con esta inscripcion: «Año 1.º de la libertad restaurada por la bendicion de Dios, 1649» (estilo antiguo). Se substituyó en el *Padre nuestro* á las palabras de costumbre, *venga á nos la tu república*. La familia real fué proscrita; fué un crimen de alta traicion reconocer por rey á *Carlos Estuardo, llamado príncipe de Gales*; y algunos de los principales realistas fueron sentenciados á muerte. No era suficiente para muchos; habia quien pe-

(1) Ya hemos visto varios rasgos cómicos en medio de aquella tragedia. Cuando Cromwell se resolvió á establecer la república, después de haber oido varios discursos contra el gobierno de uno solo, «tomó en su alegría, dice Ludlow, un cogin que me arrojé á la cabeza, y saltó las escaleras de cuatro en cuatro. Yo cogí otro, y se lo arrojé á las espaldas.»

dia aun la libertad de conciencia; que se hiciesen las leyes en la lengua nacional é iguales para todos; que los acusados fuesen juzgados con prontitud; que se escluyesen á la fuerza de los negocios civiles: algunos llegaban hasta desear la individualidad suprimiendo toda comunidad (2).

Opúsose Cromwell á estas doctrinas poco sociales constituyendo una república posible. Impulsa-

(2) Se puede juzgar de las doctrinas de los niveladores por un libro publicado después de la muerte de Cromwell, titulado: *El Nivelador, ó principios y máximas concernientes al gobierno y á la religion, profesados por los que comunmente se llaman niveladores*. 1659.

Principios de gobierno.—1.º El gobierno de Inglaterra debe regirse por leyes y no por hombres, es decir, que las leyes deben juzgar todos los delitos y delincentes, imponer todas las penas y multas á los culpables. La arbitrariedad de su alteza y de su consejo no debe declarar culpable, y castigar ó aprisionar á quien le agrada y cuando le acomode.

2.º Las leyes, las contribuciones en dinero, la guerra y la paz deben ser decretadas por los diputados del pueblo en el parlamento, elegidos sucesivamente en ciertos períodos. En su consecuencia ningun veto del rey, porque con frecuencia escuchará su propio interés ó el de su familia, con perjuicio del pueblo. Bueno seria que los diputados del pueblo se dividiesen en dos cuerpos; que el uno propusiese las leyes, y que el otro las adoptase ó desechase.

3.º Todos sin escepcion deben estar sometidos á las leyes.

4.º El pueblo debe estar, por medio del parlamento y á sus órdenes, en un pie militar, de manera que pudiese precisar á todo individuo á obedecer las leyes, y defender el país de los extranjeros. Un ejército mercenario (permanente) es peligroso á la libertad, y no debe admitirse.

Principios de religion.—1.º La esencia de la inteligencia no puede ser forzada; en su consecuencia, nadie puede obligar á otro á pertenecer á la verdadera religion.